

Para poder escapar a la espiral deflacionista, tendría que quedar garantizado el reciclaje permanente de los «petrodólares», habría que planificar su utilización en favor de los países más pobres (los del Tercer Mundo, especialmente), «habría falta» una autoridad mundial que administrase los entre quinientos mil y novecientos mil millones de dólares que, de aquí a 1985, habrán logrado amasar los países petroleros, etcétera.

Chirridos alarmantes

Pero todos esos «habría que tienen, en boca de los expertos, un tono de votos piadosos y de resignación a la derrota. Pues falta la autoridad moral necesaria para imponer esas soluciones supranacionales a los nacionalismos y a los imperialismos rivales. Además, esas soluciones no bastarían para evitar una crisis cuyas causas son anteriores al déficit petrolero y cuya inminencia está dando pábulo a una mentalidad de «sálvese quien pueda» cuando la máquina capitalista ha comenzado a chirriar de modo alarmante.

— En los Estados Unidos, la producción desciende a un ritmo anual del 6 por 100, la de la construcción de viviendas ha disminuido en un año en un 40 por 100, el poder adquisitivo de los asalariados lo ha hecho en un 6 por 100 desde 1971.

— Los británicos, en grado mucho mayor que los daneses e italianos, sufren desde hace años un rápido y regular descenso de su nivel de vida, que afecta a todas las clases.

— La Bolsa de Londres ha bajado un 60 por 100 en dos años (-1929 fue un alegre «picnic» comparado con esto», titulaba el «Sunday Times»); la de París, un 35 por 100; la de Nueva York, un 30 por 100 en moneda constante.

— Los índices de descuento alcanzan cifras sin precedente en los treinta y cinco últimos años: un 11,5 por 100 en Nueva York, un 12 por 100 en Londres, un 13 por ciento en París, mientras que los precios crecen a un ritmo anual de un 18 por 100 en Francia, de un 15 por 100 en los Estados Unidos, de más de un 20 por 100 en Gran Bretaña y de más de un 25 por ciento, en Italia y el Japón.

Según Jean-Pierre Chevènement, «estamos en 1932»; es decir, al cabo de una fase de recesión económica, dispuestos a subir una nueva pendiente. Pero según Geoffrey Barraclough, entre otros, nos en-

contramos en 1924; es decir que no hemos hecho más que iniciar un largo ciclo depresivo que tocará fondo hacia 1980 y del que sólo saldremos en 1996.

A pesar de las divergencias de interpretación en cuanto al futuro más próximo, aparecen en los análisis de fondo convergencias inesperadas: ya no se cuestiona únicamente la gestión de la economía capitalista, sino su propia naturaleza y sus leyes. Eso es lo que trata de explicar, aunque con ciertas precauciones formales, Jean Denizet, director de Estudios de la Banca de París y los Países Bajos: por segunda vez en dos meses, Denizet hace suya, en «L'Expansion», la teoría marxista de las crisis, y considera como causa profunda de todas las dificultades actuales la baja experimentada por la tasa de beneficios. La superinversión, la contaminación ambiental, la creciente carestía de los recursos naturales, el gigantismo de las industrias y ciudades, todo ello concurre a producir el mismo resultado: el coste directo e indirecto de las inversiones adicionales tiende a superar las ganancias que aportan esas mismas inversiones; el rendimiento que engendra el crecimiento capitalista cobra un carácter negativo.

«En adelante — escribe Jean Denizet — tendremos que invertir más, trabajar más para mantener nuestro nivel de vida, o, por el contrario, a trabajo igual, habremos de contentarnos con un nivel de vida decreciente en cuanto a bienes materiales». Esta situación va a provocar de hecho «un inmenso fenómeno de protesta. Así se manifestará (...) el rechazo de un modelo económico que exige demasiado a cambio de lo que aporta».

Jean-Pierre Chevènement y Michel Rocard se expresaban hace poco en términos análogos. Según el primero, «llegamos al final de una época: la del crecimiento acelerado al modo keynesiano. En el futuro son posibles todos los derrapajes, incluso la mutación del viejo monigote capitalista... De la transformación del modelo de desarrollo occidental depende cada vez en mayor grado la supervivencia de la especie».

Más lapidario, Michel Rocard concluía: «No hay reformismo que sirva para atajar la crisis del capitalismo actual. Y esto es aplicable a toda Europa. El mensaje ideológico de la social-democracia se queda corto».

Es más o menos lo que dice Barraclough: «Bajo la inexorable presión de los hechos, no habrá más remedio que inventar otro sistema distinto». ■ MICHEL BOSQUET.

La Capilla siXtina

DEL ALFILER AL ELEFANTE: BALMES

Don Gonzalo Fernández de la Mora ha aprovechado las conmemoraciones balmesianas de Vich para cargarse los partidos políticos. Fernández de la Mora es un especialista en paralelismos. Ya no le basta con el «benenguerazo», ahora plantea, nada menos, que las advertencias de Balmes sobre la crisis española de mediados del siglo XIX tienen pleno sentido en la crisis que crece en la España de 1974. Marx dijo que cuando la Historia se repite, lo que fue tragedia reaparece en forma de comedia. Pero el señor Fernández de la Mora no es marxista, y por lo tanto no puede autorreconocerse como personaje central de una comedia.

Fernández de la Mora no es un historiador, no es un filósofo, no es un especialista en obras públicas. ¿Qué es Fernández de la Mora? Yo creo, modesta y sinceramente, que es un articulista, un buen articulista. Es un oficio difícil y meritorio, al que no hay que pedirle mayores responsabilidades que orientar o desorientar levemente a la opinión pública. Los articulistas ya no cambian el mundo, en el supuesto caso de que alguna vez lo hayan cambiado. Al mundo lo cambian las relaciones de fuerzas sociales mediante la política o la guerra. La palabra escrita o recitada es la espuma de la ola, poca cosa más.

Balmes fue el portavoz de las fuerzas sociales decimonónicas, encastilladas en la defensa de sus privilegios, enmascarados en «razones de Bien Común». A Balmes le ofendía el cambio, en primera instancia, porque no podía controlarlo, y en segunda instancia, porque el resultado del cambio era una sociedad, un mundo en el que Balmes no tendría la menor importancia. Su angustia particular la convirtió en la angustia de los españoles de bien, homologación que sobrevive a manera de patrimonio que la reacción se transmite de padres a hijos. El «español de bien» de Balmes, no Anselmo de Lorenzo, o Fernando Garrido, o Sixto Cámara. El «español de bien» es el que responde hoy día a un retrato robot que se ha hecho a la medida el señor Fer-

nández de la Mora. Es un truco, un truco casi inocente si lo practicara un articulista consciente de sus limitaciones como tal articulista. Pero el truco puede dejar de ser inocente, si el articulista aspira a ideólogo nacional de lo que está bien y lo que está mal, movilizador, por lo tanto, de conductas de masas, de graves decisiones de contados españoles en disposición de tomar graves decisiones.

La influencia de Fernández de la Mora en España es escasa. En cambio, ha tenido y tiene una gran influencia en Chile. Según mis últimas noticias, su libro, El crepúsculo de las ideologías, es casi la biblia de los ideólogos del golpe de Estado chileno, desde los miembros del Opus Dei hasta los militantes de Patria y Libertad. Los chilenos tienen que agradecerle a Gonzalo Fernández de la Mora que haya prestado coartada ideológica a la forma y fondo del golpe de Estado y de su actual formación política. ¿Podríamos concluir que la responsabilidad ideológica última de lo ocurrido en Chile se la reparten mister Kissinger y el señor Fernández de la Mora?

Sería exagerar, aunque la fórmula y el «tándem» clarifiquen la coartada ideológica de lo allí ocurrido. El pensamiento de Fernández de la Mora ha sido la espuma de la ola del miedo de unas fuerzas sociales a perder su hegemonía y sus privilegios.

En coordenadas chilenas, la cosa tiene cierto gigantismo. Pero en coordenadas españolas, el asunto empujece. La ideología del ilustre articulista representa hoy una mínima parte de la conciencia social española. Su parcela de «conservadurismo» es pequeñísima al lado de los otros conservadurismos dominantes, afortunadamente mucho más progresivos. Y es que la Europa actual vive en pleno crepúsculo de las oligarquías, aunque aparente todo lo contrario y los coletazos se sientan. Balmes está muerto y enterrado, definitivamente clasificado en el contexto de la tragedia española del siglo XIX.

Nada, absolutamente nada, puede aportar Balmes a la comedia española de este fin de siglo. ■

SIXTO CAMARA